

HOJAS DE OTOÑO

PREFACIO

El actual momento político es rumor sordo que producen las grave, nadie lo duda, y el autor revoluciones, hundidas aún en menos que ninguno. En el interior están puestas en tela de juicio todas las soluciones sociales, todas las piezas principales del cuerpo político están metidas en la fragua de una revolución y colocadas en el yunque sonoro de la Prensa; la antigua palabra *pairia*, que en otros tiempos fué tan brillante casi como la palabra *monarquía*, se transforma como ésta y cambia de sentido; resuena perpetuamente la tribuna en la prensa y la prensa en la tribuna; el motín se hace el muerto. En el exterior, aquí y allá, ante la faz de Europa, se asesina a pueblos enteros, se les deportan en masa, se les carga de cadenas; Irlanda está convertida en un cementerio, Italia en un presidio; la Siberia se puebla con los desterrados de Polonia; en todas partes, hasta en los Estados más tranquilos, sale de su lugar algo carcomido, y llega a todos los oídos el

rumor sordo que producen las revoluciones, hundidas aún en sus trabajos de zapa, edificando debajo de todos los reinos de Europa sus galerías subterráneas, que sirven de ramificación a la revolución central, cuyo cráter es París. Tanto en el interior como en el exterior, se ven en estos momentos luchar las creencias y trabajar las conciencias; aparecen nuevas religiones balbuceando fórmulas, malas por una parte y buenas por otra, que sólo son transformación de las antiguas religiones que mudan de piel; se ve que Roma, la ciudad de la fe, se dispone a levantarse quizás hasta la altura de París, que es la ciudad de la inteligencia; se ven depurarse en todas partes las teorías, las utopías y los sistemas, y sondear la cuestión del porvenir como se sondeó la cuestión del pasado. A estas alturas nos encontramos en el mes de noviembre de 1831. Indudablemente en semejantes